

# Diablotexto Digital



“Los mejores estudios filológicos sobre cualquier geografía o época también se definen por su porosidad, generosidad y amplitud de miras”. Entrevista al profesor Rafael M. Mérida Jiménez

JUAN MARTÍNEZ GIL  
UNIVERSITAT JAUME I

Doctor en Filología Hispánica y profesor agregado Serra Húnter de literatura española y de estudios de género en la Universitat de Lleida desde 2006. Con anterioridad, ejerció la docencia en Rice University y en la Universidad de Puerto Rico-Río Piedras, así como en las universidades de Barcelona y Girona. Además de en España, ha sido ponente invitado en numerosos congresos y cursos en Alemania, Argentina, Brasil, Estados Unidos, Francia, México o Polonia. Sus investigaciones abordan un amplio grupo de temas y obras de las letras hispánicas, desde la Edad Media hasta el presente.

Entre 2021 y 2019, fue Investigador Principal de los proyectos “Representaciones culturales de las sexualidades marginadas en España” (FEM2011-24064) y “Diversidad de género, masculinidad y cultura en España, Argentina y México” (FEM2015-69863-P). En la actualidad, es IP de “Memorias de las masculinidades disidentes en España e Hispanoamérica” (PID2019-06083GB-I00).

Entre sus aportaciones a los estudios de género y *queer*, pueden citarse las antologías pioneras *Sexualidades transgresoras* (2002) y *Manifiestos gays, lesbianos y queer* (2009), la coordinación de volúmenes como *Minorías sexuales en España* (2013), *Hispanic (LGT) Masculinities in Transition* (2014) o *De vidas y virus. VIH/sida en las culturas hispánicas* (2019), así como el ensayo *Transbarcelonas* (2016). Como medievalista, destacan sus monografías *Fuera de la orden de natura: magias, milagros y maravillas en el “Amadís de Gaula”* (2001), *El gran libro de las brujas* (2005), *La aventura de “Tirant lo Blanch”* y de *“Tirante el Blanco” por tierras hispánicas* (2007), *Damas, santas y pecadoras. Hijas medievales de Eva* (2008), *Transmisión y difusión de la literatura caballeresca. Doce estudios de recepción cultural* (2013) y *Sodomías hispánicas* (2021).



P.: Decía Borges, en su célebre *Aleph*, no saber quién era, pero sí conocer muy bien lo que había leído. Esa afirmación abre un conjunto de interrogantes a la vez que trata de responderlos: ¿Cómo hacer de la lectura una vida? ¿Qué tipo de lecturas han conformado y definido la suya hasta el momento?

R.: Jorge Luis Borges fue un lector eximio a quien pocas personas pueden compararse –al menos que conozca–. También era un “memorioso”, cualidad de la que carezco. Nunca he pretendido hacer una vida de la lectura, pero sin ella no sería quien soy y mi vida sería otra. No me arrepiento de haberle consagrado muchas horas: me entristece y estimula a un tiempo todo cuanto me falta por disfrutar. Mis lecturas han sido, y siguen siendo, las de un filólogo, que además es hispanista, en sus múltiples facetas, interesado en la historia cultural y en los estudios de género. Una lista sería inmensa y pecaría de olvidadiza y pedante.

P.: ¿Considera usted que leemos los clásicos, desde un punto de vista humanista e ideal, porque se han convertido en una manifestación autónoma e incontestable de calidad literaria o precisamente porque en tanto productos ideológicos de una época plantean cuestiones e interrogantes que perviven y nos interpelan en tanto lectores contemporáneos? Si es así, ¿Hasta qué punto la lectura de estos textos no supone un acto de reescritura o actualización continua de su contenido?

R.: Como docente e investigador suelo leer con formación filológica y deformación profesional. No existe una calidad literaria autónoma e incontestable tal: mi aproximación a la literatura clásica no pasa ni por su actualidad ni por su actualización, sino, acaso, por una contextualización que me permita analizar el legado pasado y reflexionar sobre su pervivencia en el presente, acción esta última que siempre acarrearé algo de inevitablemente subjetivo.

P.: En un momento como el que vivimos se hace cada vez más evidente la constatación de que el lugar desde el que se investiga en el campo de las humanidades y las ciencias sociales no es ingenuo ni inofensivo, sino que va



acompañado de toda una serie de presupuestos que nos definen como investigadores y que determinan el lugar desde el que abordamos el objeto de estudio. En relación a esto, ¿Cómo se define usted como investigador y qué discursos atraviesan y delimitan su formación como tal?

R.: No creo que pueda hablarse de un emplazamiento inofensivo exclusivo de las humanidades o de las ciencias sociales. La investigación en cualquier área de conocimiento jamás es ingenua, aunque haya algunas que se bañen con cierto halo inmaculado y haya quien se lo crea. Mi formación en Filología Hispánica fue bastante tradicional y refleja los planes de estudios del sistema universitario español de la década de los 80, con sus luces y sombras. Creo que me han beneficiado algunas circunstancias vitales (como haber nacido en Barcelona y ser bilingüe) y otras tantas decisiones (como realizar mi tesis doctoral sobre literatura medieval o trabajar en el medio académico estadounidense durante unos años), pues me han enriquecido como persona, como docente y como investigador. No sé si sería acertado definirme como un hispanista con mucha curiosidad y, a veces, heterodoxo en comparación con el talante más extendido.

P.: En el desarrollo de las corrientes culturales y artísticas que han consolidado el estudio y análisis de la práctica literaria medieval, uno de sus muchos ámbitos de interés, se hace cada vez más evidente la necesidad de incorporar perspectivas transliterarias y enfoques transdisciplinares para enriquecer la reflexión y descubrir otros senderos de estudio. Sin embargo, ¿Cómo abordar una investigación en el campo de la historia y crítica de la Literatura Medieval en el ámbito de las Literaturas Hispánicas a partir de disciplinas específicamente filológicas y otras colindantes, como pueden ser la sociología o la historia del arte y la cultura, y cómo justificarla?

R.: Un buen medievalista es, por definición, “transdisciplinario”, “interdisciplinario” y “translitterario”. No es un mérito, sino requisito previo, si uno no se limita a trabajos de ecdótica –y ni así-. Añadiría, por otra parte, que los mejores estudios filológicos sobre cualquier geografía o época también se definen por su porosidad, generosidad y amplitud de miras. Quien desee ser un



buen filólogo que aprenda de los mejores maestros: pienso, por ejemplo, en un Martín de Riquer. Cuestión aparte es que esa formación no se adquiera en cinco años, sino que es un aprendizaje que, con suerte, dura toda una larga vida. Uno no debe desanimarse ni paralizarse, pues se hace camino al andar.

P.: Su perfil como investigador a día de hoy es muy inusual: cultiva tanto las letras medievales como las literaturas contemporáneas, manteniéndose activo en ambas. Del mismo modo, si revisamos sus publicaciones encontramos trabajos de otros periodos como pueda ser su edición de las cartas y reflexiones de Santa Teresa o su trabajo sobre Su único hijo, por lo que los siglos de oro y el diecinueve tampoco le son ajenos. Del mismo modo, sus investigaciones son multimodales -trabajos sobre el cine, sobre cómic- e incluso interfilológicas -una nada desdeñable cantidad de publicaciones en torno al ámbito de la literatura catalana. Podría aplicársele aquello de "Homo sum, humani nihil a me alienum puto" en su versión hispanista. Las nuevas generaciones se han educado en una universidad que los especializa en grado sumo y hasta las últimas consecuencias. ¿Qué consejos podría brindarles para escapar de esa sobreespecialización o sobre cómo convivir con ella sin perder el espíritu?

R.: Muchas gracias por vuestro comentario, que entiendo como un elogio. En mi época de estudiante también existía un cierto grado de especialización: nadie me enseñó nada en la universidad sobre cine o cómic, sobre estudios de la mujer y la sexualidad o sobre literatura catalana medieval. Lo que sucede es que en mi caso (les habla un investigador de 56 años), tal vez por mi talante personal también, decidí ampliar mis horizontes docentes e investigadores. En parte fue fruto del azar; en parte es resultado de mantener vivas las brasas del placer filológico y de la curiosidad intelectual. Este sería el mejor consejo, aunque comprenda que mi mirada retrospectiva sirva de poco. No es mala idea la especialización en una fase inicial; es pésima, a mi gusto, a medio y largo plazo.

P.: Muchos doctorandos se ven abocados al exilio académico en el extranjero tras acabar sus tesis doctorales, huyendo de un sistema que no



siempre valora los estudios humanísticos. Usted fue profesor en Rice University (Houston) y en Puerto Rico-Río Piedras ¿Cómo valoraría la experiencia y qué consejos daría para las nuevas generaciones? ¿Considera provechosas o necesarias las estancias largas en el extranjero para la carrera investigadora posdoctoral?

R.: El exilio académico siempre ha existido en todas las áreas de conocimiento, no solo en las humanísticas. En mi caso concreto fue una opción vital (pues antes de finalizar mi tesis doctoral trabajé durante muchos años en el sector editorial, en el que estaba plenamente instalado). Puedo asegurarles que, tanto humana como académicamente, los cinco años que pasé en Estados Unidos y en Puerto Rico me brindaron experiencias de indudable calado. Es diferente viajar como estudiante que, como profesor, para bien y para mal; aun así, no dudaría en recomendar el estudio de idiomas, las estancias en el extranjero y la participación activa en redes internacionales de investigación.

P.: *Sexualidades transgresoras* (2002, Icaria Editorial) fue una de las primeras publicaciones en el ámbito de los estudios LGTB y Queer en la academia española. Su prólogo, además, establece un panorama lucidísimo del ámbito de estudio, no solo en los EE. UU. sino también en España. Como editor del volumen, ¿cómo lo ve a casi 20 años vista? ¿qué nos podría contar de su gestación?

R: Esta antología nació en una encrucijada muy concreta, pues fue fruto de una invitación que se me hizo desde la colección en donde vio la luz (“Mujeres y culturas”, de Icaria) a raíz de mi incorporación a Rice University, en donde me había integrado en varios grupos interdisciplinarios de investigación –uno de ellos sobre temas LGBTQ- y existe una biblioteca de ensueño. El “encargo” fue un magnífico acicate personal e intelectual, pues me permitió iniciar una línea de investigación que hasta entonces había explorado poco. Creo que se trata de una compilación, pionera en lengua española, que ha gozado de enorme difusión y que ha permitido que muchas personas, a un lado y al otro del Atlántico, empezaran a conocer unas propuestas teóricas y metodológicas que trascienden el marco académico. La veo, además, como parte de un díptico, completado con



*Manifiestos gays, lesbianos y queer* (2009), y como abono de no pocas investigaciones, incluidas las mías, de las últimas dos décadas, tanto dentro como sobre todo fuera del ámbito filológico.

P.: Por otro lado, y en esta misma línea, es toda una obviedad afirmar que la introducción de perspectivas LGTB y queer en el hispanismo ha sido difícil y problemática en España. Durante más de una década había que acudir a los trabajos de hispanistas británicos y americanos para consultar investigaciones de este tipo. Parece que, con el cambio de siglo, este panorama empezó a cambiar, y a día de hoy contamos con una cantidad nada desdeñable de publicaciones. ¿Cómo ve esta situación a la entrada de la tercera década de este siglo XXI? ¿Cree que continúa habiendo cierta reticencia a su introducción en planes de estudio o publicaciones académicas dentro del ámbito del hispanismo español?

R.: Muchas veces cito el prólogo de una compilación de dos hispanistas muy relevantes (Francisco Márquez Villanueva y Luce López-Baralt), publicada en 1995, en donde recordaban que la provincia general de la sexualidad y el erotismo constituían la gran provincia, si es que no continente, todavía inexplorado de la expresión literaria en lengua española. Fíjense que no hablan de “homosexualidad”, sino de sexualidad, en general. Esto era así a fines del siglo XX, de manera que, tras el cuarto de siglo transcurrido, quedan todavía muchísimas tareas pendientes. A pesar de los indudables logros –frutos en muchos casos de apuestas individuales-, la filología hispánica en España sigue siendo mucho más conservadora o miope en relación a estos estudios de cuanto nos merecemos como sociedad.

21 de octubre de 2021